

¿QUÉ ES UNA LENGUA? DISTINTAS SOCIEDADES, DISTINTAS RESPUESTAS¹

Marcos Bagno

DEPARTAMENTO DE LÍNGUAS ESTRANGEIRAS E TRADUÇÃO (LET)

INSTITUTO DE LETRAS

UNIVERSIDADE DE BRASÍLIA

RESUMEN

El concepto de ‘lengua’ no es claro y preciso, ni siquiera para los lingüistas profesionales. Para analizar lo que se ha llamado “lengua” en la cultura occidental hay que dejar de considerarla como una hipóstasis, como algo que tiene vida propia y autónoma, y contemplarla desde distintos puntos de vista: sistémico, social, cultural, político e ideológico. Algunos ejemplos de “lenguas” conocidas sirven a este propósito y el texto los expone y revisa.

PALABRAS CLAVE: lengua, dialecto, hipóstasis, diversidad lingüística, estandarización

¹ Una versión previa de este artículo fue presentada como conferencia bajo el título “Variación y cambio lingüístico” el 10 de noviembre de 2010 como parte de las actividades del curso “Português ou brasileiro? Dramática da língua portuguesa”, organizado del 3 al 9 de noviembre de 2010 en el CELE por Edite Maria Carlesso, Marisela Colín Rodea y Marianne Åkerberg Afzelius.

ABSTRACT

The concept of 'language' is not clear, not even for professional linguists. In order to analyze what has been called "language" in Western culture, it is necessary not to consider it as an hypostasis, as something with its own and autonomous life. We need to observe languages from different points of view: systemic, social, cultural, political and ideological. Some examples of well-known "languages" are useful to do so, and this text exposes and reviews them.

KEY WORDS: language, dialect, hypostasis, standardization

Fecha de recepción del artículo: 18 de noviembre de 2010

Fecha de aceptación: 12 de abril de 2011

Dirección del autor:

Marcos Bagno

Departamento de Línguas Estrangeiras e Tradução (LET)

Instituto de Letras

ICC Centro, Sala B1-260

Asa Norte

Campus Universitário Darcy Ribeiro, Brasília – CEP 70910-900

Universidade de Brasília

mbagno@terra.com.br

Es conveniente iniciar este texto recordando un pasaje muy conocido de las Confesiones de San Agustín:

Quid est ergo tempus? Si nemo ex me quaerat, scio; si quaerenti explicare uellim, nescio

‘¿Qué es, pues, el tiempo? Si nadie me lo pregunta, lo sé; pero si quiero explicárselo al que me lo pregunta, no lo sé’.

Me parece que podríamos muy bien sustituir la palabra *tiempo* por la palabra *lengua*. ¿Qué es una lengua? Podríamos pensar durante un minuto: ¿sabríamos contestarlo de modo seguro, claro y definitivo? Lo dudo, pero no dudo que sabríamos reconocer en esta misma cita de San Agustín dos lenguas distintas, que reciben los nombres de “latín” y “español”.

El concepto de lengua no es el más fácil de definir. Ni siquiera para la ciencia lingüística. En la clásica separación entre naturaleza y cultura, ¿dónde se ubica la lengua? Es verdad que el lenguaje humano es un hecho biológico, es una de las facultades de nuestro cerebro y, por lo tanto, pertenece al reino de la naturaleza. Pero es también incontestable que las lenguas son el elemento más importante de una cultura, de una sociedad. Su vínculo estrecho con la identidad individual, comunitaria y nacional convierte a la lengua o a las lenguas en poderosos factores de tensión política, de sufrimiento psicológico, de manipulación ideológica y toda suerte de dinámica social. Las lenguas siempre han sido banderas bajo las cuales grupos específicos se anudan para defender o reivindicar sus derechos y, asimismo, banderas que los Estados constituidos despliegan para ejercer sus políticas de control social, sea por la represión de otras lenguas, por la promoción de la lengua elegida como oficial o las dos cosas.

Ese doble carácter de cualquier lengua la convierte en una amalgama en la que es prácticamente imposible separar lo que es propiamente lingüístico, lo que pertenece a la estructura o al sistema lingüístico, y lo que es constructo cultural, social, político, ideológico.

De ahí resulta que la misma ciencia lingüística se deja enredar en esa trama muy apretada y no puede responder de manera sencilla a la cuestión: ¿qué es una lengua?

La respuesta es que no existe un concepto claro y seguro de lengua. Ya el fundador de la lingüística moderna, el suizo Ferdinand de Saussure, decía que

“el punto de vista crea el objeto”. Y tenía razón: la lengua no se deja aprehender por entero, hay que elegir un punto desde donde uno la contemple para de ahí sacar algunas conclusiones, todas siempre burlonas e inestables.

No hay remedio: para hablar de una lengua hay que construirla, fabricarla, darle un nombre, atribuirle propiedades, características, personalidad, índole. Por eso es posible, en el discurso sobre la lengua, hablar de ella como sujeto, como si fuera una entidad dotada de voluntad y poder de acción, por ejemplo cuando se dice: “El español prefiere no usar el pronombre personal para referirse a objetos inanimados”, o “el inglés rechaza construcciones con doble negativa”, o “el portugués posee más tiempos verbales que las otras lenguas románicas”. Quienes prefieren, rechazan, poseen lo que sea son los hablantes, los seres humanos que hablan las lenguas para con ellas construir su interacción social.

Esa lengua construida, lengua-sujeto, lengua con alma, deseo y poder de decisión, sería lo que en filosofía se llama una hipóstasis (Ferrater-Mora, 2001: 1345).

La palabra griega hipóstasis ha sido traducida en latín por ‘substancia’. La teología cristiana se apoderó de ese término para con él definir la doble naturaleza del Cristo, su doble substancia: humano y divino al mismo tiempo, pero en la reflexión filosófica moderna y contemporánea, una hipóstasis es “un equívoco cognitivo que se caracteriza por la atribución de existencia concreta y objetiva (existencia sustancial) a una realidad ficticia, abstracta o meramente restringida al carácter incorpóreo del pensamiento humano” (Houaiss, 2001, [s.v. *hipóstase*]).

Es cierto que la lengua existe, tiene una existencia que puede ser aprehendida por nuestros sentidos (al menos por el oído). Pero resulta muy difícil, quizás imposible, no convertir inmediatamente a ese conjunto de sonidos, de palabras y significados en una cosa más allá de lo que es: en un objeto, en un constructo cultural a lo cual se añade una red de representaciones sociales.

Cuando se dice, por ejemplo, en la cultura brasileña, que “el francés es muy elegante y musical”, que “el alemán es grosero y rudo”, que “el inglés es práctico y moderno”, que “el italiano es exagerado”, que “el español es grasa,² anticuado” o que el mismo portugués es “una de las lenguas más difíciles del mundo”, es evidente que no hay nada de científico ni de empíricamente comprobable en esas opiniones. Es solamente un imaginario lingüístico, compuesto de prejuicios que

² En Argentina y Uruguay, la palabra *grasa* remite a una persona de hábitos y preferencias vulgares (*Diccionario de la Real Academia Española*).

se han ido acumulando por siglos, transmitidos de una generación a la siguiente, sin crítica ni cuestionamiento.

El proceso más conocido gracias al cual una lengua se convierte en una hipótesis es lo que se llama en la sociología del lenguaje estandarización o normatividad (Bagno, 2003). La creación de una norma, un parámetro, un modelo de lengua ideal ha sido siempre un proceso de “objetivación” de la lengua. En su estado “natural” (vaya el adjetivo) una lengua es siempre heterogénea, mutante, cambiante, variable, maleable y flexible. El proceso de estandarización toma la lengua y la retira de su vida íntima, privada, comunitaria, y la convierte en una institución, en un monumento cultural, en vehículo de una política nacional y, en algunos casos, de una política imperial, colonial.

La lengua normativizada deja de ser una lengua materna y, apoyada en la Ley y sirviendo de código para escribir la Ley, se convierte en una lengua paterna, en un patrón lingüístico, en la lengua de la Patria.

Sus límites se fijan, su esencia se codifica en libros llamados gramáticas, que tratan de describirla para prescribirla mejor, ya que ahora es una Ley; su repertorio lexical es compilado como un tesoro en los diccionarios. Una vez “objetivada”, esa lengua patria tendrá en la escuela su principal vehículo de propagación, cultivo y transmisión.

En la historia occidental, la primera lengua que pasó por un proceso de normativización fue el griego. Los célebres filólogos de la Biblioteca de Alejandría, en el siglo III antes de Cristo, preocupados con lo que les parecía la “corrupción” y la “ruina” de la lengua de los grandes autores del pasado glorioso de la literatura griega, inventaron la disciplina llamada gramática, un aparato teórico creado no solamente para analizar la lengua sino también y, quizás sobre todo, para reconocer lo que era “bueno”, “bello”, “elegante” y separarlo de lo “malo”, “feo” y “torpe”. Las opciones de los gramáticos alejandrinos son bien conocidas: un total desprecio por la lengua hablada y, en el mismo gesto, una sobrevaloración de la escritura literaria antigua; una valoración negativa del cambio lingüístico, considerado como señal evidente de la “decadencia” de la lengua del pasado de oro.

A los gramáticos alejandrinos no los podemos criticar por su incoherencia. Su ideología es clara y la asumen sin rodeos: son funcionarios de una institución oficial, empleados de la monarquía ptolemaica, quieren crear explícitamente una lengua griega modelo, ejemplar, que pueda servir de instrumento eficaz de comunicación por todo el gigantesco imperio conquistado por Alejandro Magno y su

ejército. Eligen la lengua escrita literaria del pasado como modelo, son impulsados por sus prejuicios sociales, por el etnocentrismo xenófobo que siempre caracterizó a la cultura griega, para la cual todo lo que no era griego era “bárbaro”.

Pero la incoherencia de la lingüística moderna, que se dice científica, ¿cómo no criticarla? El estructuralismo, escuela de pensamiento lingüístico que ha dominado y domina todavía una parte significativa de la producción científica, se caracteriza precisamente por intentar abstraer un sistema a partir de los usos concretos, reales, variables y cambiantes.

Sabemos que de la dicotomía *langue/parole* (*lengua/habla*), Saussure va a elegir la *lengua* como objeto de estudio. Esa *lengua*, sin embargo, tiene todas las características de la norma estandarizada, de la escritura literaria clásica. Es una hipóstasis. De la misma manera como los alejandrinos quisieron crear un modelo de lengua que escapara a la variación y al cambio, asimismo la *langue* o *lengua* o *sistema* del estructuralismo es un constructo, o mejor, es un re-constructo porque, bajo la capa del científicismo positivista, esa lengua no es muy diferente de la norma literaria clásica. El mismo sesgo se encuentra en el modelo generativo de Noam Chomsky: la *competencia* que él opone a la *performance* no es otra cosa, haciendo cuentas, sino la lengua que él mismo conoce, habla y escribe, es decir, el inglés americano estándar. En muchos casos, la atribución de “agramaticalidad” a ciertas construcciones solo se explica porque las mismas no pertenecen a la variedad urbana culta hablada por el lingüista...³

La lingüística científica no ha sabido escapar a la trampa de la hipóstasis. Haciendo la crítica de la tradición gramatical normativa, no supo reconocer en sus postulados de apariencia científica los mismos problemas que denunciaba en la gramática tradicional.

Es que, como ya hemos visto, en la lengua lo que es biológico-natural y lo que es sociocultural no se separan fácilmente, o quizás nunca. Por lo tanto, para un análisis mínimamente honesto del fenómeno del lenguaje humano, es imprescindible dar cuenta de sus aspectos estructurales, sistémicos, y también de sus aspectos sociales, culturales, políticos e ideológicos. La contaminación recíproca de esas dos dimensiones de lo lingüístico es inevitable, e incluso cabría preguntarse si son de hecho dos dimensiones distintas o, más bien, una sola y misma cosa.

³ Véase Milroy, 2001.

En vez de desear lo imposible, que sería ignorar los aspectos socioculturales, como lo ha hecho el estructuralismo clásico y generativista con su ‘hablante ideal’ que no vive en ningún lugar de este planeta, lo más sensato es intentar conocer la dinámica social del lenguaje, su impacto en la vida de las comunidades humanas, los orígenes culturales del mismo sistema lingüístico, que no puede ser estudiado fuera de las circunstancias reales de la vida de sus hablantes.

Nosotros, herederos de la cultura europea occidental, estamos muy mal habituados a identificar la palabra *lengua* con el constructo sociocultural y político-ideológico que es la norma estándar de las grandes lenguas nacionales europeas. El proceso de convertir a una lengua en una hipóstasis pasa siempre por la sistematización de la forma escrita de esa lengua, la creación de una ortografía. La escritura le da a la lengua una apariencia concreta, de cosa tangible, material, que se puede tocar, leer, oír, dibujar, borrar, copiar, grabar en el mármol. Es la hipóstasis total, concluida, consumada. No sorprende entonces que para casi toda la gente la lengua se confunda con la escritura, con la ortografía de la lengua.

En Brasil, por ejemplo, tras la firma del acuerdo para la unificación internacional de la ortografía del portugués por el gobierno brasileño, en enero del 2010, en los periódicos, en la televisión, en todas partes las personas hablaron de “unificación de la lengua”.

Yo mismo he concedido cantidad de entrevistas en las que la primera pregunta siempre era la misma: “¿Qué piensa usted de la unificación de la lengua portuguesa?”. Explicarle a la gente que es imposible unificar una lengua, que toda lengua es por su propia naturaleza variable, múltiple e inacabada, resulta una tarea casi utópica. Si les digo a mis estudiantes o a los periodistas que la ortografía no forma parte de la lengua, todos me considerarían un loco.

La escritura, con su sustancia sólida, concreta, palpable, transporta a la lengua desde algún sitio inalcanzable y misterioso y la trae delante de nuestros ojos. Ese sitio misterioso e invisible es el cerebro humano, pero a la gente no le importa nada de eso: la lengua es siempre, para casi toda la gente, una institución, un bien material, un objeto. Y resulta asimismo casi imposible convencer a alguien de que la gramática y el diccionario no contienen toda la lengua, sino solamente una parte muy pequeña y pobre del rico universo de posibilidades de expresión que es una lengua viva en su totalidad de usos.

La estandarización, la gramatización, la ortografización de una lengua han constituido en todos los momentos históricos un proceso de selección y, como

todo proceso de selección, un proceso simultáneo de exclusión. La centralización de los Estados nacionales en la edad moderna alrededor de la figura del rey, símbolo de la nacionalidad, conllevó la construcción política de una lengua nacional, de una lengua oficial.

Ahora bien, ¿qué criterios se podrían elegir, y se han elegido, para definir esa lengua nacional, oficial, esa lengua que, de materna, se convertirá en lengua paterna, lengua patria, lengua legal, lengua legítima? En medio de la diversidad lingüística que siempre ha caracterizado a todos los países de Europa, ¿qué lengua o qué variedad de lengua será arrancada de su dinámica social para transformarse en monumento, en símbolo de la identidad nacional?

Los criterios serán de orden político y/o cultural. La lengua escogida será siempre, en los casos de naciones unificadas, la lengua o el dialecto hablado en la región donde se ubica el poder, la Corte, la aristocracia, el rey. Esa lengua o variedad de lengua será objeto de un trabajo de codificación, trabajo hecho por los gramáticos, y también de creación de un léxico nuevo, amplio, que le permita ser instrumento de la alta literatura, de la ciencia, de la religión y del derecho.

El caso de España es sobre todos ejemplar. Una fecha, una única fecha, está vinculada a tres hechos importantísimos de la historia española: el año 1492. En ese año los ejércitos cristianos conquistan Granada, el último territorio árabe de la península Ibérica, lo que resulta en la unificación de España bajo la corona unificada de Castilla, León y Aragón. En el mismo año, financiado por esa misma corona, el genovés Cristóbal Colón llega al continente americano. Y también en 1492 se publica la Gramática de la lengua castellana, de Antonio de Nebrija. No son casualidades, son momentos distintos de una misma política. Y es el mismo Nebrija quien nos lo va a decir con todas las letras:

Esta [lengua castellana] hasta nuestra edad anduvo suelta y fuera de regla, y a esta causa a recibido en pocos siglos muchas mudanzas [Versión electrónica. Consulta: 1 de abril de 2001 en <http://antoniodenebrija.org/prologo.html>].

Por eso, continúa él,

acordé ante todas las otras cosas reducir en artificio este nuestro lenguaje castellano, para que lo que agora y de aquí adelante en él se escriviere pueda quedar en un tenor, y estenderse en toda la duración de los tiempos que están por venir (*Id.*, *Íbid.*).

Es una enunciación perfecta de lo que estoy llamando aquí hipóstasis: la transformación de una lengua “suelta y fuera de regla” en un “artificio”, en un monumento cultural, social, un instrumento político, un objeto concreto.

La relación entre lengua y poder político no se oculta, al contrario, se declara explícitamente: “siempre la lengua fue compañera del imperio” (*Id.*, *Íbid.*).

En la presentación de su gramática dedicada a la reina Isabel, Antonio de Nebrija escribe:

después que vuestra Alteza metiesse debaxo de su iugo muchos pueblos bárbaros y naciones de peregrinas lenguas, y con el vencimiento aquellos tenían necesidad de recibir las leyes quel vencedor pone al vencido, y con ellas nuestra lengua (*Id.*, *Íbid.*).

El proyecto de la gramática es un proyecto claramente político, va de manos dadas a la Reconquista del territorio ibérico y a la conquista de nuevas tierras en otros continentes.

¿Y por qué es una gramática de la lengua castellana? ¿Por qué no es una gramática de la lengua gallega, leonesa, asturiana, vasca, catalana, aragonesa? ¿Por qué, con el transcurrir de los siglos, el nombre “castellano” será sinónimo de “español”? Porque Castilla era y es el centro del poder político.

La honestidad del gramático Antonio de Nebrija contrasta duramente con la broma de mal gusto del rey de España, Juan Carlos I, en su discurso del 24 de abril de 2001, en ocasión de la entrega del Premio Cervantes. Dijo el rey:

Nunca fue la nuestra lengua de imposición, sino de encuentro; a nadie se le obligó nunca a hablar en castellano: fueron los pueblos más diversos quienes hicieron suyo por voluntad libérrima, el idioma de Cervantes [Versión electrónica. Consulta: 1 de abril de 2001 en http://www.youtube.com/watch?v=h43-krtR_Ts].

¿A quién desea engañar? La historia reciente de la misma España lo contradice cabalmente. Durante toda la pesadilla franquista, las lenguas regionales de España fueron perseguidas y prohibidas. Y la conquista de América se hizo sabidamente a través de la masacre sistemática de los pueblos indígenas, de civilizaciones enteras, de culturas milenarias y, consecuentemente, de muchas y muchas lenguas. Hablar de “voluntad libérrima” es querer borrar la verdad que nos cuentan los mismos conquistadores españoles en los textos que nos dejaron, documentando sus terribles victorias.

Lo que la gramática castellana de Nebrija nos muestra es que el nombre de las lenguas es otro aspecto fundamental de su transformación en objeto, en hipóstasis cultural y social.

Darle un nombre a un modo de hablar, rotularlo, denominarlo “lengua”, no es un acto inocente. En el sentido común todo parece “natural”: si es la lengua de España, es el “español”; si es la lengua de Francia, es el “francés”; si es la lengua de Italia, es el “italiano”, por mencionar algunas. Pero no hay nada de natural en el proceso de denominar una “lengua”. Incluso la atribución del rótulo “lengua” ya es un acto político.

La lengua como algo con límites definidos y seguros es, lo repito, resultado de un proceso histórico y cultural. En la vida íntima de las personas y de las comunidades, no hay “lenguas”: lo que hay, sí, son variedades lingüísticas, lo que también se suele llamar “dialecto”, un término que la sociolingüística contemporánea prefiere evitar por el carácter tradicionalmente despectivo que adquirió con el tiempo.

La naturaleza esencialmente heterogénea de las lenguas es evidente: dos hijos de una misma familia, por más semejanzas que presenten en su modo de hablar, también presentarán distinciones debidas a la trayectoria cultural y social, y a la personalidad propia de cada uno. Si así es en un nivel tan íntimo, cuando se trata de una sociedad amplia, como en el caso de un país entero, la heterogeneidad lingüística es casi inmensurable. No es exagerado decir que hay tantas lenguas en un territorio como individuos que lo habitan. Y exactamente por eso los Estados nacionales unificados y centralizadores han intentado siempre fabricar un idioma también unificado y centralizador a partir de las múltiples variedades lingüísticas de su territorio.

La elección de una lengua o de una variedad lingüística específica impone, entre tantas otras cosas que ya hemos mencionado, la necesidad de nominar y de nombrar esa lengua o variedad. Durante muchos siglos, las lenguas maternas europeas fueron llamadas “vulgares”; en los territorios del antiguo Imperio romano, las lenguas “vulgares” fueron llamadas “romances”, sin otra designación específica. Eso porque, durante casi mil años, la única digna de ese nombre fue el latín, la única lengua estudiada sistemáticamente, la única empleada en obras de carácter filosófico, científico, moral. Solamente a partir del Renacimiento las vulgares pasarán a ser valorizadas como instrumentos que permiten la comunicación directa del poder con sus súbditos. Y, para ello, necesitan un nombre.

El caso de la lengua castellana es muy particular. Al contrario de lo que pasó con otras, que asumieron definitivamente el nombre de su país, la lengua del poder central de España hasta el día de hoy conserva su nombre de origen, es decir, el nombre del dialecto, del romance, del vulgar empleado por las fuerzas sociales y políticas que unificaron el territorio ibérico después de expulsar a los moros. Aunque se la llame también “español” o “lengua española”, el nombre “castellano” se conserva.

Tras la redemocratización reciente de España, después de cuatro décadas de dictadura franquista, se ha diseñado una nueva política lingüística en aquel país, con el reconocimiento de estatuto oficial a algunas de las lenguas regionales: gallego, catalán y vasco. Para no herir susceptibilidades la lengua mayoritaria, lengua del centro del poder, es referida en esa política con el nombre de “castellano” porque, al fin y a la postre, el gallego, el catalán, el vasco y también el aragonés y el leonés son “lenguas españolas”, es decir, lenguas habladas en España por ciudadanos españoles. Pero para la política lingüística internacional, el nombre del castellano es “lengua española” como se ve, por ejemplo, en la página web del Instituto Cervantes, el cual así se presenta:

El Instituto Cervantes es la institución pública creada por España en 1991 para la promoción y la enseñanza de la lengua española y para la difusión de la cultura española e hispanoamericana [Versión electrónica. Consulta: 1 de abril de 2001 en http://www.cervantes.es/sobre_instituto_cervantes/informacion.htm].

En otros países, sin embargo, el nombre de la lengua ha perdido totalmente o casi su referencia al origen regional, provinciano, de la variedad sobre la cual se construyó el idioma patrio. El francés, por ejemplo, llevó mucho tiempo para afirmarse como la “lengua de Francia”. Hasta la Revolución de 1789, las lenguas y los dialectos regionales eran muy dinámicos, pero la ideología revolucionaria exigía el fin de las divisiones feudales, la unificación del país alrededor del centro político que era París.

Y el mismo nombre de Francia llevó mucho tiempo para establecerse como designación de todo el territorio francés actual. Francia como entidad nacional centralizada sólo aparece en el imaginario del pueblo francés a partir precisamente de la Revolución y más aún después de las proezas imperiales de Napoleón. A su vez, la lengua “francesa” sólo se propaga y se impone a todo el territorio en los

cincuenta años siguientes a la Revolución. En 1794, el erudito revolucionario francés Henri Grégoire escribe un documento en el que lamenta que la lengua francesa sea hablada solamente en 15 de los 83 departamentos del país, lo que equivale a sólo un cuarto de la población. El documento se llama, significativamente, *Rapport sur la nécessité et les moyens d'anéantir les patois et d'universaliser l'usage de la langue française*. Empieza así una explícita y sistemática política lingüística de represión de las lenguas regionales y de imposición de la enseñanza exclusiva de la lengua francesa.

Después de la francización de Francia, los filólogos y lingüistas sentirán la necesidad de crear un “dialecto original” desde el cual habría evolucionado la “lengua francesa”. Y ese dialecto original no podría ser otra cosa sino el que se hablaría en la región llamada Île-de-France, donde se ubica la capital, París. Ese dialecto es totalmente una invención de los filólogos del siglo XIX, que le llaman “francien” (“franciano”), un nombre que nunca había sido empleado en ningún documento histórico escrito en territorio francés, “une spécificité dialectale dont personne n'avait jamais entendu parler”, según las palabras de Bernard Cerquiglini (2007: 36). El término “francien” solo aparece en 1889 en los escritos del filólogo Gaston Paris. La tarea ideológica de nombrar la lengua es tan opresiva que la misma ciencia, que proclama su carácter objetivo y exento de prejuicios, siente su pesadumbre.

La historia del portugués también presenta sus curiosidades político-ideológicas. Históricamente, el portugués no es otra cosa sino la continuación histórica del gallego, romance surgido en el extremo noroeste de la península Ibérica tras la colonización romana que suplantó la civilización céltica o celtibérica que había allá. Las vicisitudes históricas, las guerras intrafamiliares, las etapas de la Reconquista cristiana de los territorios bajo control musulmán, permiten la creación de un Reino de Portugal en 1139, separado de la corona de León. El territorio gallego, sin embargo, jamás se separó, nunca obtuvo su independencia y así es hasta los días de hoy: Galicia es solamente una región de España.

En el Renacimiento, los primeros gramáticos portugueses trataron de poner en relieve la elegancia y la riqueza de la lengua que entonces se pasó a llamar “portugués”, en contraposición declarada a la lengua gallega. El historiador y gramático Duarte Nunes de Leão, en 1606, escribió muy lúcidamente:

...as quais ambas [galega e portuguesa] eraõ antigamente quasi hũa mesma, nas palavras & nos diphtongos e na pronunciação que as outras de Hespanha não tem.

Da qual lingua Gallega a Portuguesa se aventajou tanto, quanto na copia e na elegancia della vemos. O que se causou por em Portugal haver Reis e corte que he a officina onde os vocabulos se forjão e pulem e onde manão pera os outros homefis, o que nunca houve em Galliza... (Leão, 1606: 44).

La presencia de reyes y de una corte es lo que le permitió a la lengua portuguesa distinguirse y separarse del gallego, una lengua que por muchos siglos no será objeto de cultivo literario, relegada a los usos menos nobles, siempre oprimida por el castellano centralizador.

También en el caso del portugués, la ciencia filológica sentirá la necesidad de crear un nombre que le dé a la lengua patria un origen digno. Para empezar, la gramática histórica, nacida en el siglo XIX, va a establecer un mito: el de que “el portugués viene del latín”, lo que históricamente y geográficamente es un error. El portugués viene, sí, pero del gallego, es la continuación histórica de la lengua románica surgida en el extremo noroeste de la península. El gallego, sí, viene del latín vulgar hablado en aquella región, pero sería un gran deshonor para una lengua imperial como la portuguesa reconocer como su “madre” a una lengua pobre, hablada por una gente rústica, sin poder político. De ahí el mito de que “el portugués viene del latín”, que se encuentra estampado en todos los libros de historia de la lengua portuguesa.

Otra creación de la filología del siglo XIX fue el nombre gallego-portugués para designar a la lengua de la poesía medieval, de los trovadores. Sería imposible decir que aquella lengua ya era “portugués”, pues no existía el reino de Portugal cuando se compusieron las primeras cantigas de amigo y de amor, pero tampoco sería aceptable llamarla solamente “gallego”. De ahí la invención de ese híbrido bizarro, “gallego-portugués”, que para los lingüistas de Galicia es una afrenta (Monteagudo, 1999).

La historia del “alemán” y del “italiano” también merece nuestra atención. Alemania e Italia fueron durante muchos siglos territorios divididos entre distintos poderes políticos. Es solamente a fines del siglo XIX que van a surgir los dos países unificados que hoy llamamos Alemania e Italia, el primero en 1871 y el segundo, en 1861. Son dos países que siempre han conocido una gran multiplicidad lingüística, pero la unificación territorial y política exigió también la unificación lingüística.

Así, en Alemania se crea una lengua estándar, llamada *Hochdeutsch*, “alto alemán”, que no se construye a partir de un solo dialecto, sino con base en diversos

dialectos centrales y del sur del territorio. El *Hochdeutsch* es eminentemente una lengua paterna, la lengua patria, lengua que se escribe, pero que no es la lengua materna, íntima y familiar de prácticamente nadie.

En Italia, después de la unificación, el problema de la lengua nacional, debatido durante siglos, fue resuelto con la elección del dialecto toscano como base para lo que se llamará a partir de entonces “lengua italiana”. El toscano no es el dialecto de Roma, la capital, pero es la lengua de mayor prestigio cultural, gracias al trabajo literario de grandes figuras como Francesco Petrarca, Giovanni Boccaccio, Niccolò Macchiavelli, Francesco Guicciardini, Ludovico Ariosto y, sobre todos los demás y con carácter pionero, Dante Alighieri.

De hecho, Dante, en el año 1305, publica en latín un opúsculo llamado *De vulgari eloquentia*, donde defiende la idea de que las lenguas vulgares, si son convertidas en objeto de inversión cultural de sus hablantes, pueden muy bien ser empleadas en la alta literatura y en la ciencia. Y el mismo Dante lo va a comprobar escribiendo en toscano su *Comedia* que pasará a la posteridad con el epíteto *Divina*. Está creada así la lengua literaria de Italia. El toscano se impone, pues, como lengua nacional tras la unificación política de la península itálica.

El hecho de que era solo un dialecto como los demás lo comprueba la curiosa situación lingüística del primer rey de la Italia unificada: Víctor Manuel II tuvo que aprender la nueva lengua oficial de su reino, el “italiano” recién-creado, porque era, inicialmente, sólo el rey de Piamonte y Cerdeña, y por lo tanto era hablante nativo del piamontés, una lengua muy distinta del toscano e incluso incomprensible para los hablantes del italiano estándar.

La creación del “italiano” representó también la división lingüística de Italia en dos categorías: la primera, la categoría de “lengua”, se reservó exclusivamente al toscano que pasó a llamarse “lengua italiana”; la segunda, la categoría de “dialecto”, se emplea hasta hoy para designar todas las múltiples entidades lingüísticas presentes en el territorio itálico. El término “dialecto” ya no tiene en el caso de Italia su acepción tradicional en los estudios lingüísticos: variedades regionales de una misma lengua. “Dialecto” en Italia es cualquier forma de hablar que no sea la “lengua italiana”. Los llamados “dialectos” italianos, sin embargo, son sistemas lingüísticos (fonológicos, morfosintácticos, lexicales) muy distintos entre sí e incomprensibles para sus respectivos hablantes. Lo comprueba, por ejemplo, el texto de la oración del Padre Nuestro, empleado tradicionalmente para establecer comparaciones entre lenguas distintas:

Cuadro 1. Fragmentos del Padre Nuestro en piamontés, toscano, napolitano y friulano.

<p><i>Piamontés</i> O Nostr Pare che tè ses an cel, tò nòm a sia santificà. Tò regno a vena, toa volontà a sia feita su la tera com al ciel</p>	<p><i>Toscano</i> Padre nostro, che sei nei cieli, sia santificato il Tuo nome. Venga il Tuo regno. Sia fatta la Tua volontà anche in terra com'è fatta nel cielo.</p>
<p><i>Napolitano</i> Pate nuoste ca staje ncielo, santificammo 'o nomme tujo, faje vení 'o regno tujo sempe c' 'a vuluntà toja, accussí ncielo e nterra.</p>	<p><i>Friulano</i> Pari nestri, che tu sês tai cïi, ch'al sedi santificât il to non, ch'al vegni il to ream, ch'e sedi fate la tô volontât come in cïi, cussi in tiere.</p>

El empleo del término “dialecto”, fuera de los estudios científicos (aunque a veces en ellos también), siempre ha sido cargado de prejuicio racial y/o cultural. En ese empleo, “dialecto” es una forma “errónea”, “fea” o “mala” de hablar una “lengua”.

También es una manera de distinguir las “lenguas” de los pueblos “civilizados”, blancos, de las formas supuestamente primitivas de hablar de los pueblos “salvajes”. Esa separación es tan poderosa que se radicó en el inconsciente de la mayoría de las personas, incluso de las que declaran hacer un trabajo “políticamente correcto”.

Véase el ejemplo siguiente, publicado en una revista brasileña: es la declaración del cineasta mozambiqueño Víctor Lopes, realizador del documental *Línguas – vidas em português*, exhibido en Brasil en 2004:

A língua portuguesa serviu como um elemento unificador da comunicação em territórios nos quais se falavam, e ainda se falam, dezenas de dialetos maternos das diversas tribos que a colonização atingiu. Assim, em Moçambique, onde se falam hoje cerca de 35 dialetos locais, o português é língua materna de 3% da população, mas é utilizado por cerca de 40% dos moçambicanos (Bagno, 2003: 34).

La separación es clarísima: el rótulo “lengua” sólo se aplica al portugués, lengua del colonizador. Las otras muchas y distintas lenguas del pueblo mozambiqueño son “dialectos”. Lo mismo se verifica en este otro ejemplo, también publicado en un periódico brasileño:

Pela primeira vez em sua história de 33 anos, a Universidade do Vale do Itajaí (Univali) recebe a matrícula de um índio. Ele se chama Nanblá Gakran, é natural de

Ibirama e garantiu uma vaga no curso de ciências sociais, implantado este ano pela instituição para ser desenvolvido no campus de Itajaí. Nanblá é da tribo xokleng e trabalha como professor de 1ª a 4ª séries primárias em Ibirama [...] Segundo Nanblá, os xokleng estão perdendo seus valores linguísticos e assimilando o idioma português, sem manter vivo o dialeto indígena (Agencia UOL. Consulta: 17 de febrero de 1998).

Es muy larga la tradición de distinguir la “lengua”, hipostasiada y referida al centro del poder, de los “dialectos”. Con el nombre peyorativo de *patois*, los dialectos fueron definidos por la célebre *Encyclopédie* del siglo XVIII con las siguientes palabras:

patois (Gramm.). Langage corrompu tel qu’il se parle presque dans toutes les provinces: chacune a son patois; ainsi nous avons le patois bourguignon, le patois normand, le patois champenois, le patois gascon, le patois provençal, etc. On ne parle la langue que dans la capitale (Cerquiglini, 2007: 88).

Otro ejemplo muy elocuente del fenómeno de hipostasiación es el de la llamada “lengua árabe”. Por razones de orden religioso, lo que los hablantes de “árabe” llaman “árabe” es la lengua en la forma en la que se encontraba cuando el profeta Mahoma redactó el libro sagrado del islam, el Corán, en el siglo VII. Esa lengua, también llamada “árabe clásico”, es una lengua muerta, no es hablada por nadie como idioma materno, está restringida a la literatura religiosa. En los distintos países llamados “árabes” existen formas de hablar tan diferentes entre sí como el castellano y el catalán, por ejemplo, sin posibilidades de intercomprensión entre sus hablantes, y no podría ser de otra manera. Es una ilusión ideológica creer que en un territorio inmenso que va desde el extremo occidental de África hasta la frontera de Iraq con Irán, pasando por todo el Oriente Medio, se habla una sola y única “lengua árabe”.

Sin embargo, esa ilusión ideológica es sustentada por la propia cultura “árabe” tradicional, ya que en la mayoría de los 22 países “árabes” el sistema escolar se dedica exclusivamente a la enseñanza del “árabe clásico” y de su forma más modernizada, el “árabe estándar”, mientras que los llamados “dialectos” particulares hablados en los distintos países no reciben apoyo institucional ni son valorados, aunque sean las verdaderas lenguas maternas nacionales. Es inconcebible que 300 millones de personas, distribuidas por un territorio tan dilatado, hablen una misma y única lengua “árabe”.

Por esas y otras razones es que forma parte del folklore académico de la lingüística el chiste atribuido al lingüista Max Weinreich: “Una lengua es un dialecto con ejército y marina”.⁴ De hecho, la separación entre lengua y dialecto es eminentemente política, escapa a los criterios que los lingüistas intentan establecer para delimitar dicha separación.

La elección de un dialecto o de una lengua para ocupar el cargo de “lengua oficial” relega, en el mismo gesto político, todas las otras variedades y lenguas de un territorio a la terrible oscuridad del no-ser. La referencia a lo que viene de arriba, del poder, de las clases dominantes, crea en los hablantes de las variedades y lenguas sin prestigio social y cultural un complejo de inferioridad, una baja autoestima lingüística, a la cual los sociolingüistas catalanes han llamado “auto-odio” (Maurais, 1987: 54).

Por supuesto, también hay mucho de político e ideológico en la designación “lengua” que se aplica a un modo de hablar específico. Por ejemplo, el gallego es considerado una “lengua” distinta del portugués, pero el portugués de Brasil no es oficialmente llamado “brasileño” en contraposición al portugués europeo, aunque los estudios lingüísticos han venido comprobando que son, desde el punto de vista sistémico (fonológico y morfosintáctico, semántico y pragmático), dos lenguas distintas (Galvez, 2001). Ahora bien, el gallego no puede confundirse con el portugués, para que Galicia no tenga la pretensión de separarse de España y crear un Estado soberano o, quizás, de unirse al territorio de Portugal. Pero, por otro lado, la ideología colonialista que siempre ha imperado en las elites brasileñas impide que se reconozca al idioma mayoritario de los brasileños como una lengua independiente del portugués europeo y que se pueda llamar simplemente “brasileño”.

Así se verifican en el mundo dos situaciones distintas: 1) el mismo nombre aplicado a sistemas lingüísticos distintos y 2) nombres distintos aplicados a sistemas lingüísticos iguales. Ambas situaciones son, una vez más, resultado de procesos históricos e ideológicos.

Ya hemos visto el caso del “árabe”, nombre único para 22 países y 300 millones de personas. Podemos decir lo mismo del “español”, un solo nombre de lengua para más de 20 países y casi 500 millones de hablantes. ¿Será una misma lengua la que se habla en Montevideo y en la Ciudad de México? ¿En Andalucía y en la Guinea Ecuatorial? Veamos ahora algunos ejemplos de la segunda situa-

⁴ No se sabe exactamente cuándo habría Weinreich pronunciado tales palabras.

ción: dos nombres para el mismo sistema lingüístico. Examinemos el caso del hindi y del urdú. El urdú es la lengua oficial del Pakistán. Como lengua hablada es prácticamente indistinguible del hindi, lengua oficial más importante de India. La diferencia entre ambas radica en que el urdú es utilizado como lengua escrita por hablantes musulmanes y se escribe en una forma ligeramente adaptada del alfabeto persa, variante a su vez del alfabeto árabe. El hindi, por su parte, se escribe en el alfabeto devanagari, originalmente empleado para el sánscrito, y es utilizado por los hablantes de religión hindú. La rivalidad histórica entre Pakistán e India, que generó terribles guerras sanguinarias entre los dos países, y la división religiosa es lo que explica la atribución de nombres distintos a un único sistema lingüístico.

Lo mismo vale para la distinción entre el noruego y el danés. Noruega fue una provincia del reino de Dinamarca durante 400 años, hasta 1905, cuando conquistó su independencia. Para marcar explícitamente la independencia política, la lengua también ganó nombre nuevo: el noruego que es, de hecho, la misma lengua danesa con pequeñas variaciones locales. La intercomunicabilidad entre los pueblos de los tres países escandinavos (Dinamarca, Noruega y Suecia) es casi perfecta, y las emisiones de televisión producidas en cualquiera de ellos son seguidas tranquilamente en los otros dos países. Pero las lenguas reciben nombres distintos: danés, sueco y noruego.

La situación de las lenguas de India y de Pakistán se reproduce en cierta medida en la antigua Yugoslavia. Después de la sangrienta división de la antigua república socialista en distintos pequeños Estados independientes, la lengua que siempre se llamó serbocroata recibió tres nombres distintos: serbio, croata y bosnio. Las diferencias entre el serbio y el croata siempre se restringieron a la escritura: los croatas, católicos romanos, emplean el alfabeto latino; los serbios, católicos ortodoxos, emplean el alfabeto cirílico. Los bosnios, musulmanes, emplean tanto el alfabeto latino como el cirílico. Con la creación de los Estados independientes de Croacia y de Bosnia, la lengua, que para los lingüistas es un sistema único con variedades locales que no impiden la intercomprensión de los hablantes, se pasó a designar con nombres distintos, nombres de países, de naciones.

La conclusión, pues, no puede ser otra: hablar de una lengua es siempre moverse en el terreno pantanoso de las creencias, supersticiones, ideologías y representaciones. Y en esa ciénaga burlona también la filología, la gramática y la lingüística científica se dejan atrapar. A lo mejor, el examen de la dinámica lin-

güística se debe hacer con instrumentos analíticos de la antropología, de la sociología y de la psicología social, además de los lingüísticos.

Para quienes dedicamos nuestra vida profesional a la enseñanza de una o más “lenguas”, el riesgo de caer en el pantano ideológico es siempre inminente. Para escapar a semejante peligro, hay que recordar incesantemente que “lengua” no es un concepto claro y delimitado, ni siquiera para la ciencia lingüística.

Lo que vamos a enseñar no es una “lengua” en toda su vitalidad, su dinamismo, su inestabilidad permanente, su heterogeneidad intrínseca. Lo que vamos a enseñar es un constructo sociocultural, mezclado de ideología y de supuestos imposibles de comprobar empíricamente. Es una hipóstasis, un objeto creado, normatizado, codificado, institucionalizado para garantizar la unidad política de un Estado, bajo el mote tradicional: “un país, un pueblo, una lengua”. El reconocimiento del multilingüismo que caracteriza prácticamente a todos los países del mundo y el diseño de políticas lingüísticas democráticas y democratizadoras son hechos muy recientes en la historia de los pueblos y de las lenguas. Compárense, por ejemplo, la política lingüística uruguaya de la escuela vareliana del 1877 y las recientes políticas educativas del Uruguay democrático del 2008.⁵

Sabemos que, durante muchos siglos, para conseguir la deseada unidad nacional, muchas lenguas fueron y son enmudecidas, muchas poblaciones fueron y son masacradas, pueblos enteros fueron callados y exterminados. Nosotros, en el continente americano, tenemos una historia tristísima de colonización construida sobre millones de cadáveres de los indígenas que ya estaban acá cuando los europeos invadieron sus tierras ancestrales y de los africanos esclavizados que fueron traídos para acá contra su voluntad.

Lo que vamos a enseñar es el fruto de toda esa historia, que no se debe olvidar. No vamos a incurrir en lo que el sociólogo francés Pierre Bourdieu (1996) llamó “amnesia de la génesis”, es decir, olvidar que lo que llamamos “lengua española” o “lengua portuguesa” o “lengua inglesa” tiene un origen histórico, no es algo que nació “naturalmente”, como si fuera una planta que brota sin que nadie la haya sembrado. Podemos amar y cultivar esas “lenguas”, pero sin olvidar el precio carísimo que mucha gente pagó para que ellas se implantaran como idiomas nacionales, como lenguas patrias.

⁵ Versión electrónica. Consulta: 1 de abril de 2001 en <http://www.proposicoes.fe.unicamp.br/~proposicoes/edicoes/texto911eng.html>.

El objeto de nuestra tarea, por supuesto, guarda relaciones con la vida íntima de la lengua, pero no es “la lengua”, sino una parte, pequeña sí, pero importante—desde una perspectiva histórica y cultural— de algo que es tan grande y tan complejo que nadie lo sabe definir con precisión.

BIBLIOGRAFÍA

- BAGNO, M. (2003). *A norma oculta: língua & poder na sociedade brasileira*. São Paulo: Parábola.
- BOURDIEU, P. (1996). *A economia das trocas linguísticas*. São Paulo: Editora da Universidade de São Paulo.
- CAMERON, D. (1995). *Verbal hygiene*. London: Routledge.
- CERQUIGLINI, B. (2007). *Une langue orpheline*. Paris: Minuit.
- FARACO, C. A. (2008). *Norma culta brasileira: desatando alguns nós*. São Paulo: Parábola.
- FERRATER-MORA, J. (2001). *Dicionário de filosofia*. São Paulo: Loyola.
- GARCÍA TURNES, B. (2002). Sobre a (proto)historia do termo *galego-português* na reflexão lingüística lusa do século XIX. En R. Lorenzo (ed.). *Homenaxe a Fernando R. Tato Plaza*. Santiago de Compostela: Universidade de Santiago de Compostela.
- GNERRE, M. (1985). *Linguagem, escrita e poder*. São Paulo: Martins Fontes.
- ILARI, R. & R. BASSO (2006). *O português da gente*. São Paulo: Contexto.
- HAUGEN, E. (1987). Danish, Norwegian and Swedish. En B. Comrie (ed.). *The world's major languages*. London: Routledge.
- HOUAISS, A. (2001). *Dicionário eletrônico Houaiss da língua portuguesa*. São Paulo: Objetiva.
- LYONS, J. (1968). *Introduction to theoretical linguistics*. Cambridge: Cambridge University Press.
- MONTEAGUDO, H. (1999). *Historia social da lingua galega*. Vigo: Galaxia.